

El rumbo de Lagos y el tiempo de la izquierda

Carlos Ruiz

Todos dicen que ganaron en la última elección. Si el tráfico de sueños se condenara, tal como el tráfico de influencias -y sus indemnizaciones- la clase política ya habría hecho un Punta Peuco especial para los presos or traficar con las esperanzas de la gente. Pero eso no se condena, aunque hace más daño. Que la manipulación de las aspiraciones llegue a que en poblaciones populares gane la derecha, lo facilita esa “renovación socialista” que cambió los sueños y el programa por el pragmatismo y la encuesta, esa crápula que pasó de la fé sin método al método simplemente sin fé, a los medios sin fines. Que trocó el proyecto de sociedad por la ambición personal. Aunque tras tanta tempestad, valga saber si esos que, hoy arriba, y hace 30 años en la otra orilla, ¿tuvieron alguna vez un proyecto de sociedad, o eran también en aquél tiempo simples pragmáticos que vestían el traje apropiado para esa época?

Pero ¡ojo! que en las pasadas municipales no todos ganaron, ni ganaron los que parecen, tanto como dicen. Es cierto que trafican con anhelos, y que la gran mayoría se resigna a las opciones cada vez más parecidas que ofrecen estos bandos de las clases dominantes. Negarlo es perder tiempo. Como cada tanto - “para darnos fuerzas”- se pierde en la izquierda al querer negar verdades del tamaño del sol. Pero si esto es cierto, no es toda la verdad. Las elecciones y la propia situación política muestran otras cosas.

Ante todo, ganó la Concertación. Tanta bulla con los nuevos municipios de la derecha casi logra opacar esta realidad. No sólo ganó. Subió su votación de las pasadas presidenciales. Incluso, ahora no puede atribuirse un supuesto apoyo de las bases del PC, como cuando empató con Lavín. Otra cosa es que sus pugnas internas no dejaron que esa crecida votación les permitiera retener más alcaldías. Más de cincuenta de ellas -incluso algunas “emblemáticas”- las perdieron por eso. Allí superaron a la derecha, pero la alcaldía se les escapó por su interna “competencia desleal”.

Eso no es todo. Como se sabe, en este país la trama del poder no se reduce a las elecciones y a la clase política que ellas promueven. Gran parte de esa trama y de sus actores decisivos están fuera de la política abierta, resuelven asuntos vitales para todo el país en eventos y oficinas en las que no molesta la “voluntad popular” que habla en las elecciones. Aunque la visión tradicional, centrada en las instituciones y procesos formales de la política, suele obviar esto. Funciona la máscara de la democracia representativa, del respeto a las instituciones y aquello de que “no somos una República bananera”, ocultando al circuito extrainstitucional del poder y su grado de determinación sobre la vida del país. Aunque antes no llegara a tanto, el fenómeno no es nuevo y muestra la histórica debilidad de la democracia chilena. La mitología de la “tradicón democrática y civilizada” de la política criolla hoy la pone en cuestión la mismísima CIA, que no se complica para recordar que la democracia no le gusta en su traspatio. Luego del arresto de Pinochet en Londres y de la influencia europea sobre el proceso chileno, la CIA, para no ser menos, saca unos trapos sucios que son un dolor de cabeza para la clase política que se ve

ante tan inesperado espejo. No se puede coincidir con la CIA ni aunque diga que el cielo es azul. Pero a pesar de sus propósitos, que recuerdan que imperio sólo hay uno, la clase política criolla queda de pronto despojada de sus ropajes democráticos y civilizados.

Lagos se amarra a los empresarios, pero todavía maneja la esperanza popular

Es innegable el avance lavinista. Se amplía una conducción capitalista sobre vastos sectores populares. Pero esa derecha no se equipara aún a la Concertación. Pese a todo, Lagos sale airoso de una elección en que sus partidos se tramean entre sí. Creció el respaldo a su figura. La mayoría aún prefiere esperar a ver qué va a hacer Lagos.

Esto no quita que la Concertación cruza por una etapa de agotamiento. Que, aunque Lagos recupere apoyo electoral, el curso global muestra que viene cayendo y la derecha subiendo, y que, como está, es incapaz de pararla. Pero eso no significa que la derecha ya la alcanzó. Además, la turbia bulla de prensa no deja ver uno de los cambios políticos más trascendentes: el que impone el empresariado en la cancha extrainstitucional de la política.

Aunque Lagos aguanta la prueba de las municipales, se le complica el panorama. Las pugnas de los poderosos siguen bajo el nuevo esquema forjado por la iniciativa laguista y los cambios en las fuerzas armadas y el empresariado, que tuercen el rumbo anterior y hacen que estos actores de la trama del poder se enfrenten directamente, por encima del juego formal de los partidos. La novedad está en que hay resultados adversos para Lagos.

La más decisiva de estas luchas es la que libra el empresariado. Para eso sigue prescindiendo de la política abierta y formal, y con eso de la derecha, pero esta vez sus presiones logran tensionar a la Concertación e incidir en sus alineamientos internos. El otro escenario en que se definen aspectos de la correlación global de fuerzas, y con ello de la nueva fisonomía de la estructura de poder, es la disputa municipal. A diferencia del primero, en el que los acuerdos se toman directamente entre Lagos (y sus operadores ante los grupos económicos) y los propios patriarcas del capital criollo y representantes de los capitales extranjeros, el juego electoral, en cambio, se centra en las estructuras partidarias. El juicio a Pinochet, a pesar de la desesperación de la derecha, pierde trascendencia.

Entre Lagos y las fuerzas armadas no hay cambios de fondo. Aunque el alto mando rechaza formalmente el rumbo del juicio a Pinochet -no puede dejar de hacerlo- sigue entendiéndose con Lagos. Incluso frena la presión de la oficialidad jubilada y logra que apoye la "solución" a los problemas de los derechos humanos que pactó con Lagos. Sólo la reticencia a ampliarles el presupuesto trajo una tensión real en estas relaciones de fuerza, pero el gobierno la aplacó, anotándose un punto más difícil que el que le celebraron por el "acatamiento" militar a unos negociados fallos de la justicia. Ahora bien, aunque los juicios a oficiales jubilados estaban contemplados en el "pacto de los dos Ricardos", la lucha política suele ser porfiada a los guiones. Izurieta tenía que mostrar descontento con el "desfile militar ante los tribunales". Pero ya estaba claro que la "nueva generación" los había olvidado bajo su mayor preocupación: la "modernización de la defensa", eufemismo que indica la primacía de su futuro antes que la suerte de los que tienen cuentas pendientes con el pasado. Por eso se limita al apoyo financiero a los procesados, retirando la asesoría legal centralizada que antes permitió el monolitismo de todas las

defensas. De ahí surgieron las contradicciones, y luego las recriminaciones mutuas entre los inculpados. Otra faceta de un pinochetismo en descomposición.

Pero lo que no previó la “doctrina Izurieta” ni el gobierno es que ese proceso se descontrolara al romperse el “pacto de silencio” entre los acusados. Cansados de ser “los patos de la boda”, piden audiencias con los jueces, salpican a oficiales activos, y eso cambió las cosas. El tranquilo ejército, que reconoció atropellos -producto de “protagonismos individuales”- que debían ser juzgados, se alteró. La “recopilación” de antecedentes sobre los detenidos-desaparecidos que impulsó la Mesa de Diálogo, de pronto se tupe. La Moneda corre para saber si hay más implicados en servicio activo. La tranquila negociación sobre la composición del nuevo alto mando, que prometía seguir con la racha de retiros que en los últimos años suma 46 generales de la era Pinochet, entonces se enturbia. Pero al final enfrentan la crisis juntos, porque prima lo que conviene a ambos: congelan el juicio mientras gestan el retiro anticipado del general acusado, Lagos lo despide en palacio (obligado apoyo a Izurieta), y “liberan” a la institución del problema. Ahora el juez Guzmán voltear el tablero y los complica de nuevo. A pesar del apoyo del Vaticano para la salida “definitiva” al problema de los derechos humanos que creen estar a punto de fraguar, de nuevo Lagos e Izurieta tienen que salir a parar en sus respectivos flancos las amenazas de echar a perder la fiesta.

Pero el giro más importante ocurre en el terreno extrainstitucional. En la pugna entre Lagos y el gran capital se gesta un vuelco del gobierno hacia una línea abiertamente antipopular, que agudizará las contradicciones sociales del actual modelo de desarrollo capitalista. La presión empresarial se impuso. Doblega a Lagos y lo hace renunciar a la línea de regulación y de reformas que aspiraba realizar dentro del esquema neoliberal. Ya en una fase temprana de su mandato, Lagos asume una línea que, de no haber cambios, vaticina tensiones sociales. Es cierto que no es primera vez que Lagos cede ante el empresariado. Antes lo hizo contrayendo el gasto fiscal, y cediendo al reclamo de mayor apertura de la cuenta de capitales, anulando controles y defensas estatales ante los capitales foráneos más especulativos. Pero la más reciente victoria empresarial tiene consecuencias sociales mucho más directas.

Lagos terminó enredado en la madeja que tejió su propia ambigüedad. Su decisión de seguir una línea de austeridad fiscal, formulada para congraciarse con el mismo insaciable empresariado que hoy lo dobliga pidiendo más, llevó a que la reactivación de la economía quedase casi exclusivamente en manos privadas, pues, pese a la dureza de la cesantía el gobierno cumplió con su promesa de no apelar al gasto público como factor de reactivación. Esa rígida opción por el equilibrio e incluso el superávit fiscal, asumida para fundar un “consenso” con el empresariado, le restó a Lagos capacidad para enfrentar el desempleo. Los fondos para planes de empleo y mejoramiento de la atención médica, para paliar el déficit de créditos universitarios y los efectos de los temporales, han sido miserables. Más allá del ruido con que presentan el presupuesto para el 2001, el aumento del gasto social es casi nulo. Así, el gobierno termina ayudando a agravar las cosas. Lagos cocinó con mano propia su falta de defensas ante una presión empresarial que congela la inversión, y con eso la recuperación de la economía y del empleo.

El gran capital criollo retiene la inversión en defensa de los privilegios que heredó de la dictadura, que ni Frei II ni Aylwin alteraron. Lagos quería introducir algunas reformas regulatorias en el esquema neoliberal. Tímidas, claro, pero suficientes para alterar al insaciable empresariado. Por eso promete

manejar el gasto fiscal a tasas más bajas que su antecesor y ofrece seguir con las privatizaciones. Era su moneda de cambio para lograr la aceptación empresarial a sus proyectos. Cambios tímidos, pero necesarios para la imagen “moderna” y menos rapaz de país que busca proyectar. Cambios menores en la legislación laboral y la estructura impositiva. Pero apenas los plantea, salta el rechazo del empresariado y la prensa, y se arma el gallito que afecta la recuperación de la economía y el empleo. La presión empresarial mide cuánto aguanta Lagos. Este amenaza con parar las privatizaciones en carpeta: las sanitarias. Una “contienda desigual”. Intenta promover la inversión extranjera. Va a la mismísima Bolsa de Nueva York, la meca de los inversionistas, promoviendo al país como paraíso para los negocios. Pero el capital externo tampoco responde. La presión surte efecto a medida que crece el desempleo y el gobierno aparece incapaz de hacer algo contundente. Su negativa a enfrentar la situación a partir de la fuerza estatal, aferrado al dictado neoliberal de una austeridad fiscal sin importar sus costos sociales, empezó a mostrar la opción empresarial de Lagos.

La presión empresarial no apuntó a la derecha, para hacerla intervenir. Más bien la ignoró. Por eso la derecha hizo todo lo posible para entrar a la mesa de resolución de esta pugna. Para congraciarse con el empresariado, llega a proponer la rebaja y hasta la desaparición del salario mínimo, la privatización de CODELCO y ENAP, e incluso fijar legalmente un porcentaje de superávit fiscal. Pero el gran capital no altera su decisión de prescindir de la derecha formal para sus principales batallas. Aún no la cree capaz de convertirse en una alternativa efectiva a la Concertación.

Donde la presión empresarial caló más hondo -no por casualidad: allá apuntaba- es en la Concertación. La crecida de la cesantía desespera a sus grupos internos ante las elecciones municipales, incluso las próximas parlamentarias, cuyos cupos ya disputan. Presionan a Lagos. Gazmuri y Ominami se distancian del gobierno para asegurar las proyecciones parlamentarias de su sector. Cuestionan la inacción ante el desempleo y piden detener las privatizaciones en curso, acusando al empresariado de no cumplir sus compromisos con las que ya les traspasó Frei II.

Lagos no sólo enfrenta al capital local, sino a empresas extranjeras y a la prensa, quienes logran el apoyo del “sector liberal”, que transversalmente cruza a la Concertación. La prensa los celebra como a quienes derrotan al ala “estatista” y zanja la disputa entre “dos proyectos económicos que ataban de manos a Lagos”. Pero es en realidad una victoria directa del empresariado, sin mediaciones. Su presión logró influir en los alineamientos dentro de la Concertación, cuyos cuadros son cada vez más sensibles a las “preocupaciones” empresariales. Eso acabó con el titubeo de Lagos. Gracias a ello, lo cierto es que estos “liberales” reafirman su control de la conducción económica y de las empresas estatales. Así se dibuja el entorno de Lagos. Que Insulza e Eyzaguirre se adelantaran en “reconocer la necesidad” de reactivar las privatizaciones y retirar los puntos de la agenda gubernamental que disgustan al empresariado, mostró que este alineamiento prima por sobre la propia conducción de Lagos.

Así, un Lagos renuente a movilizar la fuerza económica del Estado, se ahoga bajo la negativa del capital a dinamizar la economía en estas condiciones. La cesantía creciente complica al gobierno en otros planos: en su capacidad de contención de las demandas populares y en la medición electoral con la derecha. La nueva ola neoliberal y privatizadora, originada en las dificultades que enfrenta la acumulación capitalista en esta nueva etapa, que dejó atrás el crecimiento y la ganancia fácil de la década pasada, vuelca a un empresariado

rentista y por eso incapaz de asumir mayores desafíos tecnológicos y productivos, a la opción por profundizar la desregulación y la privatización que ya hacían del capitalismo en Chile uno de los más rapaces. Hoy ya no es un misterio que muchos capitales chilenos fueron a refugiarse al exterior, a esperar que mejoren las cosas. Por lo que, a menos que vendan CODELCO, la recuperación económica será lenta y dependerá de las inversiones extranjeras, lo que aumentará la imagen de pasividad del gobierno, las pugnas en la Concertación y el espacio para que la derecha agite su agotamiento.

Justo, a un Lagos que asume con la idea de dar un barniz de “modernidad” a este capitalismo, le toca una voracidad empresarial acrecentada. Su incapacidad para contenerla ya dibujó una parte fundamental de las correlaciones de fuerzas. Esta debilidad golpeó su imagen. Las elecciones, a las que no esperaban llegar así, son marcadas por la anticipación de estos problemas, muchos de los que -tanto con empresarios como con sectores populares- planeaban enfrentar más adelante. Pero una importante mayoría aún confía en Lagos, de ahí el repunte en la votación. Todavía no se manifiesta el costo de su opción empresarial y de su incapacidad para defender su tibio proyecto reformista.

Aunque la votación y las esperanzas aún mayoritarias no pueden ocultar que, la línea antipopular de Lagos, aproxima más de lo esperado la agudización de las contradicciones sociales inherentes al modelo vigente. Conciente de esto, Lagos resistió la presión empresarial a la que acabó cediendo, abandonado en manada por sus propios colaboradores. Ante este giro, el pequeño y mediano empresario ya se mostró preocupado. La dogmática austeridad fiscal seguida también afecta las expectativas que Lagos sembró en este sector, que genera la inmensa mayoría del empleo. El rediseño a que obligó la presión del gran capital del proyecto que buscaba más recaudación para el fisco aumentando su poder fiscalizador y algunos gravámenes, ya apunta a estrujar preferentemente a los sectores medios, pues los grandes aseguraron que no se toquen sus mecanismos “legales” de evasión. La dura y mezquina actitud del gobierno en la negociación con los empleados públicos, es más clara todavía. El próximo escenario de reforma al sistema de salud, volverá a mostrar lo mismo. Pero aún predomina la confianza. En el ámbito de la cultura y los intelectuales el ascendiente de Lagos y las expectativas están intactas, obteniendo de este sector una lealtad crucial.

Marginada de esto, la derecha agudiza desesperadamente sus ataques al gobierno. Pero con eso lo único que logra es complicar la única posibilidad de gravitación que tiene: Lavín. Así sólo echan a perder lo mejor que han tenido en todo este tiempo. Las direcciones de la UDI y RN atacan juntas a Lagos, pero el empresariado y las fuerzas armadas siguen sin prestarles mayor atención. La incapacidad de Longueira y Cardemil abre otra oportunidad para el ala liberal de RN, que empuja en la nominación de candidatos. Lavín se distancia como puede de esos ataques, obligándolos a reconocer, bajo el anuncio de una increíble “estrategia bicéfala”, una situación de hecho que escapa a su control. Así, las elecciones cobran una inesperada connotación adicional. Además de la sabida definición del empate de las presidenciales (oportunidad para demostrar a las fuerzas armadas y al empresariado que pueden disputar el gobierno), las elecciones asumen el condimento de alterar los alineamientos en la derecha institucional. Sus direcciones se juegan a fondo, porque están ante la posibilidad de cobrar mayor peso en el mapa del poder que viene redibujándose tras el ocaso de Pinochet, y la necesidad de recomponer el control interno.

Pero es poco lo que consiguen en las municipales. El héroe es Lavín. El amago de renuncia de Longueira al timón de la derecha se cruza con el ascenso de aquél, pues fue incapaz de otra cosa que no fuera el ataque al gobierno. Se la jugó más de la cuenta por el tirano en decadencia, seguido sólo por los más recalcitrantes, sin poder articular tras suyo a un pinochetismo en desbandada, ante la mirada crítica de un sector creciente que ve en la ruta de Lavín mejores perspectivas. Así, Longueira queda ignorado por una derecha encandilada con Lavín, por un pinochetismo que se deshace y, por un empresariado y unas fuerzas armadas que se entienden directamente con Lagos. Ni lesos, Lagos también lo ignora. En las negociaciones de las reformas constitucionales apuesta a entenderse con Lavín.

El pinochetismo sigue perdiendo capacidad de incidir en las confrontaciones más importantes, y con ello su vieja centralidad en la estructura de poder. Hoy se reduce a un inorgánico sector que, desde siempre, actúa dividido en compartimentos estancos, conforme al estilo que le imprimió el propio Pinochet, lo que es una traba para la continuidad de esta fuerza que, por décadas, acaparó la trama del poder. Por eso no logran una línea de acción coordinada ante la nueva situación. Priman intentos sueltos de grupos o personajes. El desconcierto que cunde en la familia Pinochet y sus abogados, muestra la incapacidad para lograr, siquiera en torno al juicio, una articulación entre los distintos grupos.

Para la Concertación, la lucha electoral se dibujó parecida. A parte de su disputa con la derecha, se agudizan sus pugnas internas, cuestionando la capacidad de Lagos para ordenar sus filas. Se contradicen su urgencia por recuperarse y la voracidad de sus grupos internos por la hegemonía de la alianza, que los pone a competir entre sí en las elecciones. El debilitamiento de la DC -de origen anterior al ascenso de Lagos- desata en el PS y el PPD la sed por invertir las cosas. Pero estos dos partidos, fuera de Lagos, no tienen nada en común. Si la pugna entre ambos por el sitio hegemónico no es más abierta, es sólo porque creen que beneficiaría a la DC. Además, ninguno logra llenar el hueco que deja la caída de la DC, cosecha que corre a manos del lavinismo, por lo que no sólo se afecta ella sino toda la alianza. Claro de esto, Lagos trata de frenar la voracidad de la lucha interna buscando mantener los viejos equilibrios. Pide ayudar a la DC a mantener el grueso de sus posiciones municipales, consciente de que una explosiva crisis de ese partido traerá una crisis de la alianza. Pero poco lo escuchan. Su esfuerzo es desbordado.

El agresivo oportunismo de Girardi le cae de perilla a un PPD que cree poder beneficiarse de la crisis de la DC. Aunque lo disfrutan, ningún otro dirigente se quema como él en el juego contra una DC que, a pesar de todo, es todavía la principal fuerza del centro político. Sólo Lagos, que se afecta con eso, le reprocha el desbocado juego de deslealtad electoral, acusaciones públicas (el PPD detona el escándalo de las indemnizaciones) y de críticas al gobierno anterior. El otro que no escucha el regaño de Lagos es el grupo de Ominami. A diferencia del PPD, obnubilado por la "oportunidad" de ascenso que abre la caída de la DC, este grupo lucha por sobrevivir. Relegados en el gobierno de Frei II, con frustradas aspiraciones en el equipo de Lagos luego que pagaran el fracaso de la primera vuelta de las presidenciales, ahora amenazados en sus posiciones parlamentarias y carentes de un perfil que los distinga, tienen que pasar al ataque "crítico". Del tibio debate con los "autocomplacientes" pasan a estrenar un perfil de izquierda. Atacan el manejo económico, la subordinación al empresariado, el abandono de las organizaciones sociales, llaman a diferenciarse de la derecha y a fortalecer una identidad de izquierda dentro de la alianza. Buscan atraer al electorado crítico y para eso no se pliegan a la línea

de Lagos. Saben que, de hacerlo, desaparecen con sus clientelas incluídas, a las que llevan demasiado tiempo sin poder ofrecerles nada a la altura de sus expectativas. Su prolongada marginalidad los obliga a una posición crítica que les permita notoriedad.

Peor aún, Lagos arrastra la descomposición que dejan 10 años de control del aparato estatal, que dificulta el manejo de la gran cantidad de intereses y lealtades que corren paralelas a las estructuras partidarias. La Concertación se vacía programáticamente. Se agotan sus viejas banderas (eliminar el rol de Pinochet, las reformas -ya próximas- a la Constitución, la “solución” al problema de los DD.HH) y no aparece investida de una nueva tarea política. Al contrario, llena de pugnas por plazas y privilegios en el aparato estatal, en sus filas cunde la desazón y el vaciamiento político, en términos de proyecto. Es que, en 10 años, la Concertación no construyó poder al margen del gobierno. El Estado es su gran agencia de empleo. La idea de que no habrá un próximo gobierno abre la desesperación por asegurar el futuro ahora, afectando la eficacia de la administración de Lagos, que no consigue ordenar sus huestes y despejar la grasa funcionaria acumulada. Lejos de eso, la clase política concertacionista exagera su egoísmo. Pero un discurso que promete más de lo mismo, tiene poca posibilidad de recomponer el ánimo. El propio estilo de Lagos enreda las cosas. Al relativizar las instancias formales de gobierno privilegiando influyentes asesores y equipos paralelos, agrava la confusión interna. Generando un círculo de asesores que aparecen como la verdadera corte de palacio, Lagos aplana el ejercicio del poder debajo suyo. Esa densa malla de opiniones y contrapropuestas acaba siendo una aduana para los proyectos de las dependencias formales.

De tan desdibujada y vacilante, hoy es menos claro que nunca qué significa ser de la Concertación. La fuerza del gobierno empieza a empantanarse muy pronto. Lagos sorteó el peligro de que estas elecciones se tornaran un temprano juicio a su gestión. Pero vuelven el próximo año y pueden amenazar el único bastión seguro de la Concertación: la Cámara de Diputados. A parte de ser un riesgo en sí mismas, esas elecciones pueden agudizar las pugnas en la alianza. Aunque también pueden ser -como la primera vuelta presidencial- una campanada de advertencia. Metida en una etapa de agotamiento, es difícil aún prever si desembocará o no en una crisis. Lagos puede redefinirla e imprimirle un nuevo impulso. Pero también el fenómeno puede seguir y hacerse indetenible.

El campo popular: entre el fraccionamiento y las movilizaciones “episódicas”

Producto de la eficacia de la contención laguista sobre las luchas y los procesos de organización popular, no se ha vuelto a recuperar el hilo de reactivación que sostuvieron ciertos sectores a fines del gobierno pasado, y que salpicó los inicios de éste. Sectores medios, como agricultores o transportistas, son manejados por el gobierno. Es más, mantiene la contención popular en medio del desempleo. Las cifras muestran algún crecimiento económico, pero sin mayor inversión y con una fuerte cesantía. Entonces ¿de dónde sale el crecimiento? A parte de una recuperación del precio del cobre, tal “paradoja” sólo la explica la agudización de la explotación de la fuerza de trabajo que permanece empleada, disfrazada bajo la “reorganización del trabajo” que impulsan en las cíclicas fases de contracción. Así, tal crecimiento es pura concentración de la riqueza. Y cuando vuelva la “normalidad”, habrá mayor polarización social.

Pero la celebrada capacidad gubernamental de contención de los conflictos sociales, hasta ahora sólo ha probado efectividad con fórmulas de corto alcance, sin asentar mecanismos estables de manejo. Sólo apuestan a desactivar, a contener a partir del fraccionamiento de las organizaciones y movilizaciones, sin perfilar y legitimar formas estables de regulación de los problemas sociales. Y ya se acaba la fase de arranque del nuevo gobierno, donde prima la expectación, incluso la esperanza que lleva a muchos sectores a abstenerse de la presión directa. En este contexto Lagos gira hacia políticas abiertamente antipopulares, que se harán sentir en las condiciones de vida y de trabajo del campo popular, e incluso de algunos sectores medios. Por eso, el horizonte se ve complejo para Lagos.

La presión empresarial no sólo significó retomar las privatizaciones y anular el intento de ajustar el aparato de recaudación fiscal. Además, llevó a retirar del proyecto de reformas laborales los puntos que disgustan al empresariado: la negociación interempresa y la prohibición del reemplazo de trabajadores en huelga. Incluso incorporan otros, a pedido del gran capital. La prensa celebra el giro “pro empleo” que adopta el nuevo proyecto de Lagos, al “facilitar” la inversión. Al final, la idea de hacer más presentable -“moderna”- la rapaz legislación laboral heredada de la dictadura, acaba en un intento por legalizar la sobreexplotación como forma de resolver la creación de empleos. Ahora se trata de ampliar la flexibilización de la jornada laboral, lo que obligó a la CUT a bajarse de un consenso que ahora resulta impresentable.

La agudización de las contradicciones sociales que traerá el giro de Lagos no significa mecánicamente que las condiciones de construcción de fuerzas se hagan más favorables. Más bien facilitan la convocatoria espontaneísta, las movilizaciones “episódicas”, y no necesariamente la construcción de una fuerza popular que permanece y se proyecta. La nueva CUT ratifica el peso de quienes impulsan un sindicalismo de mercado, que no descarta la presión directa, pero sólo para pugnar por intereses que benefician a reducidos sectores laborales y excluyen al resto del pueblo. El problema es que usan el discurso de los intereses de todo el pueblo para defender los propios, y confunden. Las formas en que el pueblo asume estos procesos son muy diversas. Que entre esas avance una orientación hacia la unidad política del pueblo y al cambio revolucionario de la sociedad, depende del esfuerzo de construcción popular de los distintos sectores de la izquierda. Pero hoy son pocos los que salen del cómodo ambiente de los convencidos y asumen esta tarea.

Las embrionarias construcciones populares autónomas que existen son las que mejor resisten la ofensiva laguista de desarticulación popular. Notoria ha sido la resistencia del campamento de Peñalolén ante estas agresiones, que van desde intentos de fraccionamiento y el impulso de prácticas clientelísticas hasta la amenaza de la fuerza, para acabar con el desarrollo de la organización pobladora. Pero estas experiencias no alcanzan aún un impacto decisivo en el campo popular, capaz de revertir los efectos del esfuerzo laguista. En las universidades, los colectivos autónomos disputan las federaciones a la Concertación y la derecha, con la vista puesta en las luchas del año entrante.

Las elecciones municipales vuelven a concentrar la voracidad de la derecha y la Concertación sobre las organizaciones sociales y el desarticulado mundo popular, lo que las configuró como un escenario de resistencia y perfilamiento político de las construcciones populares autónomas. Pero se muestra allí la gran disparidad de fuerzas, que hace de estos esfuerzos, apenas una batalla defensiva por mantener posiciones.

La izquierda: un tiempo de siembra o la ilusión por los atajos

A lo largo de este año hemos venido sosteniendo que la estructura de poder que imperó en la década pasada se está reajustando, conforme a los cambios que sufren varios de los actores de la trama del poder: el empresariado, el pinochetismo, las fuerzas armadas, la derecha, la propia Concertación. A partir de las pugnas entre éstos, se ha puesto en juego el trazado del sistema político "postransición". Pero la izquierda sigue marginada de este teatro político. En otras palabras, no emerge aún una alternativa de poder desde el campo del pueblo capaz de incidir en tal proceso de reordenamiento político.

La izquierda sigue al margen de las disputas fundamentales de la lucha política. Tal es la principal conclusión, bajo la cual se han de enmarcar las demás, y es por tanto, la que debe presidir la discusión actual. Principalmente, ello se debe a la incapacidad para enfrentar a la Concertación y la derecha, así como a la dominación empresarial y de otros poderes fácticos, en el seno de las bases populares, en los espacios de base de la sociedad, como las fábricas, faenas, escuelas, universidades, poblaciones, centros de trabajo. La crítica y la demanda al Estado no suplantán esta dimensión de la lucha y de la construcción de fuerzas.

Es una izquierda y un campo revolucionario reducidos mayormente a una convocatoria entre convencidos, sin capacidad de disputar otros espacios y conciencias en la sociedad. Influye el agotamiento de las formas tradicionales de apreciar la situación política y social. La visión reducida a las viejas formas del poder como las instituciones formales, los partidos y el Estado, exige ampliarse a los procesos de dominación que imperan en la base de la sociedad, y que frenan la formación de fuerzas sociales cuestionadoras del actual orden. Requerimos una visión política que de cuenta del estado general del poder en la sociedad, que integre la vieja dimensión política formal, pero que no se reduzca a ella.

Esto es fundamental en las actuales condiciones de lucha, determinadas por el pacto entre la Concertación y el pinochetismo de finales de los ochentas, que prefiguró una democracia reducida a la cúspide de la sociedad (gobierno, parlamento, algunas instituciones del Estado), que inaugura un juego político cerrado y excluyente, que permitió refundar el espacio de las clases dominantes con la integración de la élite concertacionista. Pero en la base de la sociedad permanecieron los mismos mecanismos de control y atomización que implantara la dictadura; incluso se perfeccionaron. Lo que se constituye en un muro insalvable para la izquierda y la rearticulación popular, dada la incapacidad para apropiarse creativamente de las nuevas condiciones de lucha. Su discurso y sus prácticas son aisladas políticamente por el nuevo enemigo. La acumulación de fuerza desplegada no logra sobrepasar la condición de movilizaciones y victorias "episódicas". No logra perfilar un patrón de construcción popular estable y proyectable. Porque responden mayormente a una agitación reducida a conflictos económicos puntuales, sin asumir la organización popular en una perspectiva más amplia y permanente.

Se intenta reducir la expresión política de esos movimientos populares al partido o la vanguardia. Sea por las urnas o por las armas, se trata por igual de una lógica representativa, sustitutiva de la acción política o militar del pueblo. Lo que no puede originar otra cosa que no sean brotes esporádicos. Como contraparte, esas bases populares nos asumen como conducción de sus luchas económicas, pero en el plano político optan por la Concertación.

Las estrategias de lucha por el poder de hace 30 ó 40 años hoy no nos sirven tal cual. El enemigo aprendió de ellas y, por lo demás, han ocurrido importantes cambios sociales, políticos y culturales dentro del capitalismo, y con ello de las condiciones de lucha. Hemos aprendido que la nueva sociedad no se inventa después de la toma del poder, sino que está determinada por el propio proceso de lucha. Especialmente, por las formas de construcción y las características de la fuerza popular revolucionaria, y el tipo de relación entre la vanguardia y las masas. De modo que, la fuerza popular no puede seguir siendo considerada como la “base de apoyo de la vanguardia”. La fuerza popular debe ser el protagonista principal de la lucha por el poder y de la transformación social. De lo contrario, a estas alturas del desarrollo del capitalismo, no habrá ni lo uno ni lo otro.

La idea de un brazo armado o del brazo político, que aluden a la sustitución de la fuerza popular, ya hicieron crisis. Vanguardia es conducción. Tal es su función irremplazable, y para eso debe constituirse como un intelectual colectivo enraizado en las luchas y procesos de construcción popular, pero con una relación democrática y transparente con éstas, que de lugar a una conducción conciente, a la asunción o a la crítica democrática por parte de las bases populares de las propuestas de línea a seguir que plantea la organización política. La manipulación permite éxitos pasajeros pero no construcciones populares estables, con capacidad de proyectarse.

Si la fuerza popular es el sujeto central de la lucha por el poder y de la transformación revolucionaria de la sociedad, en un proceso que requiere conducción pero no suplantación, entonces esa fuerza popular requiere de un alto grado de organización y de conciencia para tal tarea histórica. El activismo que conduce a movilizaciones “episódicas”, perfila un militante más agitador que constructor. Pero ese modelo, no sirve ante la tarea de la refundación de la sociedad.

Al contrario, requerimos una línea orientada a la construcción de espacios que no se abandonan. Sólo eso permite una lucha creciente, un proceso de acumulación sostenido. Hemos aprendido que al capitalismo hay que transformarlo desde adentro, ponerlo en crisis, si es que no queremos “nuevas sociedades” que sean meras caricaturas mejoradas del mundo actual, herederas de gran parte de sus vicios. Por eso requerimos de una visión política que dé cuenta del estado del poder en la sociedad. Para enfrentarlo y ponerlo en crisis en sus diversas manifestaciones.

La fuerza que requiere, ya no sólo la lucha por el poder sino la transformación revolucionaria -que está indisolublemente ligada a ésta- es un tipo de construcción popular capaz de constituirse y alzarse como un contra-poder en el seno mismo del capitalismo, para ponerlo en crisis. Sólo un proceso de tales características es capaz de forjar una auténtica fuerza “sepulturera” del capitalismo. Una fuerza popular capaz de perfilar, a partir de su propio ser, una nueva sociedad. Es un poder dual, capaz de deslegitimar al capitalismo, de poner en crisis su dominación y sus formas de organización social. Su desarrollo implica la capacidad de defensa política y material de estas construcciones, en tanto proceso de transformación y derrota del capitalismo desde abajo y en su propio seno.

Es un camino más largo, por cierto. Implica que la izquierda se vuelque a la construcción popular bajo una línea de organización, poder y democracia popular. Es una tarea que requiere de toda la izquierda, porque es inmensa y

larga. Aunque no tan larga como el tiempo perdido en la ilusión de los atajos. Ya está clara hasta la saciedad la incapacidad de los atajos electoralistas, armados, propagandísticos, que intentan prescindir de la construcción de una fuerza popular. Tales formas sólo tienen sentido al calor de los procesos de construcción popular, como apoyo y potenciación de éstos. Despojadas de construcciones y anclajes populares reales, tales formas sólo quedan en intentonas de grupos por saltar a la cabeza de procesos sociales que se presumen dados, y a los cuales intentan representar. Tales atajos, a lo más han llevado a victorias “episódicas” en las últimas décadas. Lo esencial es la fuerza popular en que se sustenta el proceso: los grados de desarrollo, de organización y conciencia. Eso no hay como evadirlo. Querer evadirlo sólo alarga el festín de las clases dominantes. La Concertación, aun con todos sus problemas, es capaz de confundir a la izquierda con sus cantos de sirena. Esto puede ser una fuente más de confusión e indecisión ante el camino de la construcción popular.

Lo “urgente” siempre termina imponiéndose sobre lo importante. Parece ya un mal endémico. Es imperativo invertir las cosas, entre otras formas evitando la desesperación por las próximas elecciones parlamentarias. El desgaste de Lagos y la agudización de las contradicciones sociales que traerán sus medidas antipopulares, todavía no llegan. Aun predomina la expectación y la esperanza en su gobierno. Lo que exige saber cómo prepararnos para, llegado el momento, no apostar a perdedor sin más armas que una serie de fuegos artificiales propagandísticos que evidenciarán la ausencia de fuerzas populares construídas y con capacidad de mostrar un camino material que supere los reventones pasajeros del descontento.

Nuestro problema es impulsar procesos ascendentes de control popular sobre las dinámicas cotidianas en los espacios de base de la sociedad, que desconozcan la conducción capitalista de esos espacios y permitan originar, hoy embrionariamente, otro tipo de relaciones sociales y con ello la formación de una fuerza popular auténticamente revolucionaria. De ahí la importancia de la noción de autonomía política, no entendida como antipartidismo, como basismo ni apoliticismo. Al contrario: como autonomía frente a las reglas de los poderosos, como principio que permite fundar materialmente una práctica política propia, que no desconoce las condiciones imperantes, impuestas por el enemigo, pero que tampoco se reduce a ellas como proceso de lucha y de construcción de una fuerza política popular.

La Surda dic 200 enero 2001



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin

de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

